

Lionne, célebre diplomático, capaz de gobernar la Europa entera, que con su sinceridad y conocimientos dirigía la inexperiencia de su señor, y que preveía las dificultades y los medios de vencerlas, murió en 1671, y desde entonces la hábil política de Luis se convirtió en apasionada. Luxemburgo murió también (1695); el rey dejó de estar á la cabeza de los ejércitos, y las intrigas de sus damas llevaban hombres ineptos al ministerio. La industria se hallaba arruinada por haber prohibido Inglaterra todo comercio con Francia, no sólo á los suyos, sino también á los extranjeros. Los bombardeos de que Luis había dado el ejemplo, se volvieron en contra suya, y los Ingleses trataron de destruir los puertos, de los cuales salían centenares de corsarios con el objeto de hostilizarlos. Contra San Maló llevaron una máquina infernal que no causó grande daño: despues bombardearon á Dieppe, al Havre, Calais y Dunkerque, si bien los resultados no correspondieron á las esperanzas.

Por un lado, Inglaterra que se hallaba cansada de tantos sacrificios, á los que no veía un término razonable (1), y por otro, la muerte probable del rey de España, excitaba el deseo de arrebatar la herencia á los muchos que la pretendían. Luis volvió á ensayar sus artificios para deshacer la liga separando uno por uno á todos sus miembros. Comenzó por Victor Amadeo, al que restituyó cuanto le había tomado, y le pidió una hija para el duque de Borgoña, habiendo revestido de los honores reales á sus embajadores. Entre los demas confederados mediaron multitud de tratados, hasta que en el congreso de Ryswick en Holanda fué firmada la paz entre Inglaterra, España, los Estados Generales y Francia.

Las condiciones fueron moderadas: España recobró las plazas que había perdido en Cataluña, en los Países Bajos, y algunas de las reunidas; Inglaterra y Francia se devolvieron recíprocamente las que habían conquistado, Luis reconoció por rey á su mayor enemigo Guillermo, sin cuidarse jamas de Jacobo, y la Holanda devolvió á Pondichery á la compañía francesa de las Indias. En cuanto al imperio, Luis quedó dueño de Strasburgo, Kell, Philipsburgo y Brisack, renunciando á los países reunidos: los créditos de la duquesa de Orleans fueron remitidos á Roma, que los aceptó por 300,000 escudos.

No quedaban con esto renovadas las paces de Nimega, de Westfalia, ni de los Pirineos; pero sí asegurada la independecia de los Estados, cuyo peligro había producido tres guerras: comprendióse entonces mucho mas la necesidad del equilibrio, y la Inglaterra se propuso dirigir la política continental como adversaria de Francia.

(1) Perdió mil doscientos buques mercantes valuados en treinta millones de esterlinas.

CAPÍTULO VII

El rey, la corte y la sociedad.

Los sucesos que habían ocurrido hasta aquel tiempo, eran bastantes para dar á conocer ya á Luis XIV, rey tan extraordinariamente elogiado y vilipendiado, que es muy difícil juzgarle con justicia. Era de mediano ingenio, y su educacion había sido tan escasa que apenas comprendía el latín del breviario. El fondo de su carácter era bueno, y no solo no se le puede acusar de ninguna venganza personal, sino que economizó los castigos siempre que le fué posible. Lleno de dignidad y de gracia, de gravedad y cortesania, eminentemente despótico, pero solo por instinto y sin violencia ni perversidad; no fué un valiente capitán ni un profundo político, pero en realidad fué un gran rey, y poseyó las cualidades que tanto alucinan al mayor número, esto es, las medianas, y todos los artificios para realzar las buenas y ocultar las malas.

Richelieu y Mazarino habían preparado el reino y el sistema de gobierno, de modo que si ántes necesitaban los reyes para ser grandes elevarse sobre sus contemporáneos, á él le bastó no cederles en talento.

En el exterior encontró fraccionada la Alemania, al Austria apartada de sus pretensiones de soberanía, á Inglaterra en guerra civil, en decadencia España, Holanda en conmocion, y destrozada Italia. Francia entretanto había llegado á la unidad de territorio y de jurisdiccion; el feudalismo que la había ido desmoronando en los reinados anteriores, y el calvinismo que poco ántes había creído convertirla en república federativa, yacían abatidos; los privilegios de los nobles, los del clero, de los municipios y del parlamento eran suficientes para protestar contra los excesos del despotismo, pero no para impedirlos; de modo que Luis podía dedicarse á gobernar, á establecer la autoridad de las leyes, y á hacer de Francia una monarquía absoluta, que por su unidad debía ser el centro de Europa.

Desgraciadamente le insinuaron cuán bella era la gloria de conquistador, y la primera guerra que hizo, harto injustamente contra los Holandeses, á quienes aborrecia por ser herejes, comerciantes y republicanos, le lanzó á una serie de otras que le llenaron al mismo tiempo de gloria y de maldiciones. Aspirar á la monarquía universal era imposible cuando las naciones se hallaban en tal estado de efervescencia, y la Cristiandad dividida en dos partidos encarnizados; y mucho menos podía hacerlo un rey que solo tomaba las armas por vanidad. Pero sus frívolos pretextos para alterar la paz, el despreciar todos los pactos y derechos de los demas, y los elogios que los aduladores prodigaban aun á sus acciones menos dignas, suble-

váron contra él el ódio del miedo; los príncipes del imperio, al principio fieles, y adictos al que había salido garante de sus libertades, volvieron en su daño aquel equilibrio político que había sido inventado para sujetar al Austria; las potencias marítimas, que por su absoluta preponderancia sobre los mares se vieron dueñas de la Europa, deshojaron sus laureles; y llegó á ser lucha de principios aquella que solo parecía de despecho y de frívolas rivalidades.

Política de Luis XIV.

En las *Instrucciones al delfin* nos informa el mismo Luis de su política y de la fidelidad con que observaba los tratados. «Toco una cuerda delicadísima. Está muy lejos de mi ánimo el aconsejaros la infidelidad, pero en estas materias debe hacerse una distincion. El estado de las dos coronas de Francia y España se halla de tal modo unido, que no puede elevarse la una sin que cause perjuicio á la otra; de aquí procede un recelo que me atrevo á decir que es esencial; una especie de enemistad permanente, que los tratados pueden ocultar pero no extinguir, porque la causa subsiste siempre; y trabajando la una contra la otra, no cree hacer mal á su enemiga sino conservarse á sí propia; deber tan natural que á todos los otros sobrepuja. Y para hablar con franqueza, jamas se lleva á cabo ningun tratado sin esta intencion... Por esto se puede decir, que dispensándose igualmente de observar á la letra los acuerdos, no se contraviene á ellos en sentido rigoroso; y si bien están extendidos en aquellos términos, es porque no pueden usarse otros; lo mismo se hace en el mundo con los cumplimientos, absolutamente necesarios para vivir unidos, y que sin embargo valen mucho menos de lo que significan. Así, pues, en el tratado con España, cuanto mas extraordinarias, repetidas y llenas de precauciones eran las cláusulas en que se prohibía dar auxilio á Portugal, tanto mas manifestaban que no se creía que yo debiese abstenerme de hacerlo, y por eso no me he abstenido (1).»

Cuando de la palabra de un príncipe no pueden fiarse ni amigos ni enemigos, fuerza es que se perpetúen las guerras, que son menos temibles que una paz engañosa. Donde no servía el engaño, Luis ponía en juego la corrupcion, que en ningun tiempo había sido tan descarada y sistemática. Lo mismo él que sus ministros conocían la tarifa de cada uno de los ministros ó príncipes extranjeros, de sus favoritos y de los favoritos de los favoritos; y la parte mas sublime de la diplomacia era la compra de estas usuales condescendencias. El arzobispo de Emburgo escribía desde Madrid, donde se hallaba de embajador, lo siguiente: «Yo hago regalos que ascienden á sumas considerables para mantener honestas relaciones con algunas damas de edad, y que se hacen pagar su conversacion con regalos para las hijas de sus

» hijos que nunca se dejan ver (1).» Groat, embajador de Holanda en Suecia, decía á su gobierno: «El rey de Francia ha dado á R. K., en una sola vez, 60,000 florines, con el pretexto de haber sido padrino en el bautizo de un hijo suyo; y por honrado que sea, no creo que quiera mostrarse menos adicto á Inglaterra. Por esto precisamente yo me he tomado la libertad de insinuaros, que daríais un gran placer á la reina, á quien en este asunto considero como una particular, regalándole un yackt para sus paseos de placer (2).» Cuando Luis mandó comprar el voto del elector de Brandeburgo para el imperio, y el permiso de levantar diez mil hombres, Colbert escribía: «El rey ha mandado magníficos regalos para la mujer del elector: una habitacion completa con sillería, cama, tapicería, un espejo y dos veladores (*gueridons*) de plata; de modo que veréis que Su Majestad previene la necesidad indicada por vos de hacer un vistoso regalo á esta princesa, y que no se trata de un diamante, ni de un collar de perlas, por lo que debéis retirar la orden dada en Holanda. En cuanto al dinero que ha de distribuirse, me remito á lo que os hará saber el señor de Lionne (3).»

En otra ocasion escribía Colbert á Lionne: «El señor de Schwerin asegura haberos anunciado, que las buenas palabras que él me había dado para la conclusion del tratado, habían inducido á Su Majestad á mandar que le asegurasen de su consideracion hácia él, haciéndole al mismo tiempo un regalo de 10,000 escudos. No os repetiré los cumplimientos que me hizo. Con un poco mas de ingenio, he hecho otro tanto con el príncipe de Anhalt, que concluyó por aceptar 12,000 escudos. En cuanto á la esposa del elector, habiéndome hecho entender estos señores que un diamante de 10,000 escudos sería muy de su gusto, indiqué al señor de Schwerin que me proporcionase un platero que trabaja para la casa de Brandeburgo, á fin de que buscarse un diamante de este precio, y si se encuentra cual se quiere, lo haré comprar; si no, dejaré el dinero para invertirlo en lo que mas plazca á la electora. Aun cuando hubiese llegado el regalo que me anuncias, yo no puedo evitar este, porque habiéndose sabido que puedo disponer hasta de 100,000 francos, produciría mal efecto el economizar cualquiera cosa. Si llega el otro regalo para la electora, verán en esto un exceso de liberalidad que, unida á la veneracion que tanto en esta corte como en toda Europa se tiene á nuestro gran monarca, puede ser útil para la conclusion del tratado, el cual espero enviaros pronto (4).» El rey mismo escribía: «No me he olvidado de

(1) Disp. 29 diciembre 1664, ap. MIGNET.

(2) 8 diciembre 1668.

(3) Despachos de la marina segun E. SUE, *Histoire de la Marine*, I, 79.

(4) Ap. SUE, I, 82.

(1) *Oeuvres de Louis XIV*, tomo I, p. 63-66.

» comprar los sutragios del príncipe de Anhalt » y del señor de Schwerin, que son los principales en el consejo de la corte de Brandeburgo, y con 22,000 escudos divididos entre los dos, me servirán luego con todo el buen éxito que yo puedo desear (1). » Y en otra ocasión: « Yo había dado orden á mi embajador de distribuir dinero entre los principales diputados de las Provincias Unidas, y también en las ciudades particulares, para que me hicieran árbitro de las deliberaciones » y de la elección de sus magistrados, porque creía de mi interés el alejar de los cargos públicos á todos lo que pertenecían al partido de Orange, que eran afectos al rey » de Inglaterra (2). » Igualmente dió á Sidney 200,000 francos para que alimentando al partido republicano en Inglaterra, arrojase del trono á Guillermo de Orange; remuneraba á Carlos II y á Jacobo Estuardo, y se conservan documentos de los subsidios que pasaba á los miembros de la oposición en Inglaterra.

No hace mucho que vió la luz una curiosa lista de los donativos hechos por él desde 1669 hasta 1714, con expresión de su valor, la persona á quien se hicieron y aun el objeto, en la cual se hallan cardenales, ministros, príncipes, duquesas, capitanes, marinos, poetas, jesuitas, camareros y cantatrices. Al nuncio pontificio, mediador de la paz de Nimega, le regaló una cruz de diamantes de 9,125 francos; al cardenal Pedro Ottoboni (que luego fué papa con el nombre de Alejandro VIII) una caja abricillada para tabaco de 24,677; y al inquisidor general de España un anillo con un magnífico diamante rosa de 18,540 francos. Cuando iba á estallar una guerra, Luis no hacía menos provisión de armas en los arsenales que de alhajas en las joyerías, y estas eran siempre las precursoras de sus tropas: en 1671, mientras se preparaba contra Holanda, llovían joyas en los gabinetes extranjeros; á la embajadora de Saboya le dió perlas y diamantes; un servicio de plata al embajador; una cruz de doce brillantes al elector de Colonia; 120,000 francos en piedras finas al duque de Neusburgo; anillos y cajas á los parientes y secretarios del elector de Maguncia; otros por valor de 20,000 francos al obispo de Münster, y así á todos los demás. Durante la guerra dió riquísimos regalos á cada uno de los potentados de Inglaterra; un retrato con diamantes de 12,000 francos, y un anillo también de brillantes de 36,000 á lord Arlingthon; al célebre Buckingham una caja de 28,000 francos; al duque de Monmouth una espada de 38,000; á la condesa de Sunderland un brazalete de 10,000, y á su marido una caja de 17,000.

Mas modestos quizá, pero no menos corruptores regalos recibían las repúblicas; y á los Justiniani, á los Contarini y á los Durazzo iban

(1) Œuvres de Louis XIV, 1666, vol. II, p. 43.
(2) Mém. histor. de Louis XIV, 166, p. 41.

unidos nombres suizos y holandeses. Al primer embajador moscovita Potemkin se le dió una mezquina caja de 3,000 francos, pero unida á unas cortinas de Gobelín, mas doce tapices, doce vestidos de brocado de oro y cuatro de paño escarlata, como se usaban en Turquía; al segundo una tapicería y algunos relojes y péndolas; al rey de Siam escopetas adornadas de piedras finas; á los salvajes convertidos del Canadá medallas de oro, y á un príncipe negro de África una caja con diamantes (1).

¡Cuánto debieron disfrutar sus muchas amigas, los hijos de estas, sus sobrinos, y las comadres, ayas, cirujanos y camareros! Los miembros del parlamento y los magistrados no contraían bodas ó bautizaban un hijo sin que recibieran sus dones, y además muchos recurrían al rey para sus deudas ó para reponer su casa.

Otra especie de corrupción, aunque á la verdad menos innoble, era la protección que se dispensaba á los literatos y á los artistas. Como Napoleón y como todos los déspotas, no sufría que ningun hombre quedase fuera del círculo de su poder; apoyaba las demandas y las promovía, y ¡ay de aquellos que manifestasen desdeñar sus favores! Los literatos habían tomado una parte activa en la Liga y en la Fronda; se habían acostumbrado á observar

(1) Véase el Journal des Débats, 1812, 2 junio. Los grandes regalos eran entonces menos raros. Cuando fué preso Fouquet, se le encontró un cofrecito lleno de cartas de agradecimiento por donativos con los cuales había comprado muchas virtudes. Una dama le daba gracias porque con sus larguezas había comprado una casa; otra por 30,000 francos que había recibido, añadiendo que á pesar de esto no tenía perlas; 50,000 escudos á una dama de honor de la reina; 600,000 francos al duque de Brancas; 200,000 al duque de Richelieu; 100,000 al marqués de Crequi; 100,000 á la primera camarera de la reina, y 12,000 anuales al poeta Scarron.

Existía desde muy antiguo la costumbre de mandar también á la corte de Roma preciosos regalos, y Voigt, en la Historia de Prusia, dice que en el siglo XIV se regalaron al papa 4,000 ducados de oro; al cardenal Fargis, sobrino de este, 100 doblones; 20 al de Albano, 447 ducados de oro y 25 doblones entre otros varios familiares, y además lo que se daba á los abogados, notarios, familiares, etc. El embajador por esta razón iba provisto siempre de regalos. Juan de Felde, cuando fué de embajador á Roma en 1391, llevó veinticinco tazas de plata, quince platos de lo mismo, y muchísimos anillos. El mismo Voigt refiere el regalo de doce apóstoles de oro hecho á Leon X por la orden Teutónica, cuyos apóstoles fueron vendidos después; y pone la lista de los regalos hechos no sabe en qué año del siglo XV por Navidad. La ponemos á continuación por la curiosidad que ofrecen los precios:

1°	Por una pieza de terciopelo turquí, al papa.	Duc. 83
2°	Por un jarro dorado, al mismo.	» 64
3°	Por el forro de una capa de armiño, al mismo.	» 14
4°	Por trece jicaras de plata á los camareros del papa.	» 117
5°	Al protector de la orden.	» 110
6°	Por dulces distribuidos entre los cardenales.	» 70
7°	Por dulces á los auditores.	» 31
8°	Á dos abogados.	» 21
9°	Á dos procuradores.	» 20
10°	Al jefe de la caballeriza del papa.	» 3
11°	Á los porteros de palacio.	» 30
12°	Por un caballo regalado.	» 30
13°	Por una silla para el mismo.	» 1
14°	Al protector de la orden, al cardenal de Novara y al protonotario Hermann Dwegr un caballo á cada uno, y dos caballos al prior que introduce las personas á la presencia del papa.	

los actos del gobierno y á censurarlos, pero Richelieu les puso la librea igualmente, é introdujo el sistema de las adulaciones; después Luis pensó cerrarles la boca con pensiones de su bolsillo privado y con puestos en la Academia, y de este modo, de opositores les convirtió en panegiristas, y como decía Colbert, « la inteligencia rindió respeto y vasallaje al monarca. » No contento con tener una brillante multitud de sabios nacionales, los buscó además entre los extranjeros, y mayormente entre los Italianos; señaló pensiones á Viviani, al maligno historiador Siri, y al arquitecto Bernini; dió 100 escudos anuales al erudito Dati; 500 al Milanés Octavio Ferrari por un panegirico; 150 doblones á Graziani; otros tantos á Achilini por una oda ampulosa; á Torelli de Fano le dió para que preparase las máquinas para su teatro; una medalla de oro á un jesuita italiano por un poema latino; al señor Baba una cadena de oro por un poema sobre el busto del rey; al Piamontes conde de San Martín una caja de 1,000 francos por un poema sobre la destrucción de la herejía; al marqués de Natta una cadena y medalla de oro por una tesis que le dedicó; mandó llamar al latinista Bonamici para que escribiese la toma del puerto de Mahon; encargaba que preguntasen por la salud de Magiabechi á cualquiera que viniese del otro lado de los Alpes; y en recompensa recibía de todos elogios y aplausos, que no se avergonzaba de pedir (1).

Por lo demás, protegía mejor á las medianías que á los sabios; no hizo trabajar al pincel de Le Sueur, sino al de Le Brun, y encontró oposición en los mayores pensadores de aquel tiempo: en el año que mas liberal estuvo con las letras y las ciencias, gastó 53,200 francos en pensiones para nacionales, 6,300 para extranjeros y algunas gratificaciones que con las sumas precedentes componen la de 100,866 francos, que no eran nada para la gran esplendidez de Luis (2).

Tan interesada protección solo podía existir á

(1) Enviando Colbert una pension á Gronovio, le escribía por medio de Chapelain: « Je me suis rendu garant envers ce grand ministre du ressentiment que vous auriez de cette insignifiance, et l'ay assuré que vous ne repondriez pas seulement á ce que S. M. attend de vos veilles, mais que vous chercheriez les moyens de reconnoître sa munificence en mettant dans leur plus beau jour toutes les autres vertus héroïques dont sa glorieuse vie reluit, sans vous laisser passer en cela par aucun de ceux á qui elle a fait part de ses largesses, et qui, par leurs offrandes, s'en acquittent si étouquemment á l'envi. » Lettres et piéces rares ou inédites, publiées par M. MATTER. Paris, 1846.

(2) « Le plus médiocre des princes, avec huit ou dix pensions répandues sur des écrivains de différentes nations, serait sûr de se faire célébrer comme un grand homme. Ces trompettes de la renommée ne sont pas chères. J'ai eu la curiosité de relever, dans les manuscrits de Colbert, l'état des pensions que Louis XIV donna aux gens de lettres français ou étrangers. Le total ne monte qu'à 66,300 livres, savoir: 52,300 livres aux français, et 14,000 aux étrangers. Tous ceux qui en furent gratifiés reconnoissent sans difficulté ce prince pour Louis le Grand. Leo Allatius, bibliothécaire du Vatican, refusa noblement la pension de 15,000 livres pour laquelle il était nommé, parce que la cour de Rome était alors brouillée avec celle de France. » DUCLOS, Mém. I, 221.

costa de la dignidad de quien la recibía, y se convertía en amargura, porque sobre aquellas cabezas vanas ó pensadoras pendía siempre la espada de Damócles: si Mezerai se atrevía á decir una verdad, se le quitaba la pension; si se sospechaba que Fenelon en el *Telemaco* aludía á la corte, se le regalaba á su obispado; los billetes reales también encerraban por largos años en la Bastilla á personajes de alta jerarquía, sin que el mundo, ni á veces ellos mismos supieran la causa: Boileau estaba siempre dispuesto á satirizar aquello que no agradaba al rey; el abate Cassagne se desesperaba porque era criticado por este; Racine murió de sentimiento porque el rey le separó de su gracia, y el mismo Fenelon llamó *desgracia* á su extrañamiento de la corte.

Luis brilló en un siglo aficionado á prodigar elogios, y causa disgusto ver cómo se prodigaban á efímeras producciones, y las vulgarísimas fórmulas encomiásticas que se usaban, menos bajas aun que insignificantes. Corneille, en su dedicatoria de la *Muerte de Pompeyo*, llama á Mazarino « hombre superior al hombre, » y dice, que en la descripción de Pompeyo, de Augusto y los Horacios se encontró sin pensarlo inspirado por la imagen de aquel. Corneille era uno de los caracteres menos aduladores: figurémonos si los demás estarían satisfechos por haber encontrado un rey que aceptaba y pagaba semejantes bajezas. De aquí el que no hubiese autor de su tiempo que no le tributase elogios; la poesía y la pintura, los mármoles y los bronceos no parecían todavía suficientes para celebrar sus fastos; la literatura se deshacía en alabanzas, y allí donde la victoria se alcanzaba sin generosidad, el aplauso carecía de medida y de delicadeza.

Las grandes victorias de Rocroy, de Nordlingen y Lens, en vez de publicarse en la *Gaceta de Francia*, fueron eternizadas en medallas al uso romano. Este lujo tuvo principio en la minoría de Luis, ejercitándose el ingenio con emblemas y motes, como en el tiempo de los torneos; y el sol, la mano con la espada, las noches estrelladas, los lirios creciendo al abrigo de un árbol y el mar enfurecido que viene á humillarse en las playas, se repetían entonces ya con mucha frecuencia; pero al subir al trono la numismática, registró en sus páginas de bronce hasta los mas pequeños sucesos del monarca, y los falseó muchas veces. Los panegiristas no encontraban fórmulas bastantes para ensalzar la guerra de Holanda; y el Olimpo y Cristo, alegorías gentilicas y símbolos de la Sagrada Escritura, la sátira de Boileau y el sermón de Bossuet se unieron para elevarla hasta el cielo; hasta el papa mismo mandó á decir que se congratulaba de una empresa que había comenzado por la prostitución de la señorita Keroyalle á Carlos II, y continuado con los asesinatos de los Witt y de un pueblo entero. El marqués De la Feuillade, cuando se inauguró el monumento de la plaza de las Victorias, dió tres vueltas al rede-

dor de él á caballo, á la cabeza de su regimiento, haciendo las inclinaciones que los paganos acostumbraban hacer á sus emperadores; y delante de aquel monumento se tenían hachas encendidas como en los altares. Siendo viejo ya el rey, se lamentaba un día de estar desdentado, y el cardenal de Estrée: *Pero, señor, exclamaba, ¿y quién tiene ya dientes en la boca?* Un predicador exclamaba: *Todos nosotros moriremos*; pero corrigiéndose de pronto y volviéndose hácia el rey añadió: *Casi todos nosotros moriremos.*

Vanagloria de Luis XIV.

La vanagloria era el defecto mas grande de Luis, que la llevaba hasta la puerilidad. Sin tener voz ni conocer la música, tarareaba con frecuencia arias compuestas en su propio elogio; le gustaban las revistas, las paradas y los simulacros; se ponía lleno de gozo al oír elogiar su bella presencia, su continente majestuoso, su airoso porte á caballo, y su robustez infatigable: hablaba continuamente de sus campañas y de sus tropas, y como sabía narrar muy bien, quería estar narrando siempre. Despues de la paz de Ryswick que tantos tesoros habia costado, ordenó la famosa revista del campo de Compiègne, que costó tanto como una guerra; de modo que veinte años despues no se habia pagado á algunos regimientos todavía (1). Hasta la edad de treinta y dos años tomó parte en los bailes de la corte, haciendo admirar la agilidad de sus miembros.

1666.

En aquel tiempo se edificó bajo la direccion de Levo el colegio Mazarino. Bernini, el arquitecto entónces de mas nombre, llamado para terminar el Louvre, fué recibido espléndidamente y retribuido con la asignacion de 72,000 francos; pero al diseño presentado por este fué preferido el de Claudio Perrault, que se consideró por todos como una maravilla. Le Notre dibujó el jardín de las Tullerías; los Campos Elíseos unieron la amenidad del campo á la elegancia de la ciudad; Liberato Bruant trazó el hospicio de los Inválidos, al que Julio Mansard sobrepuso la inmensa cúpula de cincuenta piés de diámetro por ciento veintitres de altura. La puerta triunfal de San Dionisio fué levantada por Francisco Blondel, y por Pedro Bulet la trifaria de San Martin; la plaza Vendôme fué abierta en 1683, y abandonada luego á la ciudad que acabó de construirla en 1701: Domingo Cassini fué el encargado de dirigir los trabajos astronómicos en el Observatorio levantado por Perrault. Además se construyeron tambien en aquel tiempo los puentes Real y de la Tournelle, la plaza de las Victorias, los baluartes, las banquetas que se encuentran á lo largo del Sena, las iglesias de San Roque, de la Asuncion, Val de Gracia, la Salpêtriera, y el hospicio de los *Quinze-Vingts*.

1670.

Pero Paris fué siempre la ciudad del pueblo (2),

(1) « Les détails qui font connaître la cour, sont une partie essentielle de l'histoire des monarchies. » Sismondi, *Hist. de France*, XXVII, 136.

(2) La importancia de Paris aparece ya en las instrucciones

y Luis, que tuvo que huir de ella en tiempo de la Fronda, quiso prepararse una capital artificial donde los cortesanos no fuesen distraídos de su admiracion por hombres que no participasen de ella, y en la que permaneció de hecho la monarquía hasta el día en que « el pueblo reconquistó á su rey » para guillotinarle. Bajo la direccion de Leveau primero, y despues de la de Mansard, Versalles llegó á ser el palacio real mas magnífico, al rededor del cual se levantó una ciudad; pero por llevar el agua del Eure con máquinas en aquel tiempo maravillosas, no se hizo cargo Luis de que las orillas de este rio quedaban estériles, y su brillante infantería, que se ocupaba en estos trabajos parecia á causa de las enfermedades, hasta que por fin la guerra le obligó á desistir de este empeño (1).

Mas no todo era vana pompa, pues que concentraba el rey en palacio todo lo que podia excitar la admiracion y acrecentar el poder del Estado. Por aquel tiempo se reunieron en Paris todos las grandezas y las glorias del mundo. Véase allí á Cristina de Suecia que ambicionaba de nuevo un trono, del cual habia descendido voluntariamente; á Pedro el Grande que deseaba trasplantar á su rígido clima un ingerto de

de Colbert á su hijo *pour bien faire la première commission de sa charge*. Ms. á la Bibl. royale, cote 46, no 17.

« Paris estant la capitale du royaume et le séjour des roys, il est certain qu'elle donne mouvement à tout le reste du royaume; que toutes les affaires du dedans commencent par elle, c'est-à-dire, que tous les édits, déclarations et autres grandes affaires commencent toujours par les Compagnies de Paris, et sont ensuite envoyées dans toutes les autres du royaume, et que les memes grandes affaires finissent aussy par la mesme ville, d'autant que, dès lors que les volontés du roy y sont exécutées, il est certain qu'elles le sont partout, et que toutes les difficultés qui naissent dans leur exécution, naissent toujours dans les Compagnies de Paris. C'est ce qui doit obliger mon fils à bien savoir l'ordre général de cette grande ville, n'y ayant presque aucun jour de conseil où il ne soit nécessaire d'en parler et de faire paroître si l'on sçait quelque chose ou non. »

(1) Sin embargo, fueron exagerados de intento los gastos que hizo Luis para embellecer á Versalles, y para sus placeres. Guillaumot, arquitecto de la casa real, examinó detenidamente las cuentas de las obras, y sacó de ellas noticias positivas que leyó á la Sociedad de ciencias y letras de Paris. Resulta que por el palacio y los jardines de Versalles, las iglesias de N. S. y de los Recoletos en la misma ciudad, el Trianon, Clagny, Saint-Cyr, el palacio, los jardines y las fuentes de Marly, el acueducto de Maintenon, los trabajos hechos en el rio Eure y los castillos de Noisy y Mouligneud en los veintisiete años que mediaron entre 1664 y el 90, no se gastaron mas que 187.000,000 de francos, incluyendo la compra de la tierras, cuadros, medallas, cristales, ágatas, etc. Grande seguramente es esta cantidad, pero no es la de 1.200,000 como aseguró Mirabeau en la tribuna. Este mismo calculó tambien los gastos que hizo Luis en otros edificios y obras de utilidad ó de honra para el Estado, y los hace subir á 307.000,000 en la forma siguiente:

En el Louvre y las Tullerías.	21.217,938
En Saint-Germain en Laye.	12.911,123
En Fontainebleau	5.517,198
En Chambord.	2.451,403
Arco triunfal de San Antonio.	1.027,511
En el Observatorio.	1.450,218
En los Inválidos.	3.420,664
Plaza Vendôme y convento de las Capuchinas.	4.123,395
En el Val de Gracia.	740,357
En las Anunciadas de Meulan.	176,825
En el canal de Languedoc.	15.473,111
En los Gobelinos y en la Jabonería.	7.201,896
En las obras de la provincia.	3.959,980
Por pensiones y gratificaciones á los literatos.	3.414,297

Aquí está regulado en 52 francos el marco de plata, mientras que entónces, segun hemos dicho, solo valia 27, 13.

aquella civilizacion; á los Estuardos que no creían perdido para siempre el trono de Inglaterra, mientras que Luis XIV les prodigase sonrisas. Los misioneros de la China anunciaban que hasta por allí se difundia la gloria de su gran nombre; llegaron de África salvajes, á los cuales se creía haber convertido al Cristianismo; hasta del mismo Siam le enviaron una embajada. En vista de esto, ¿qué cabeza hubiera podido resistir á la embriaguez de tantas adulaciones? El entusiasmo que inspiraba, se prueba con el gran cuidado que se ha tenido en darnos á conocer hasta los menores detalles de su vida, con lo mucho que se respetaba en él lo que en otro cualquiera era un defecto imitar; con la facilidad con que prodigaban por él sus servidores sus riquezas, el talento, la sangre y hasta la reputacion. ¿Puede pedirse mas? Sus contemporáneos le consideraban como hombre de gran estatura, hasta que la Revolución sacándole de su sepulcro para arrojarle en una cloaca, tuvo la curiosidad de tallarle, hallándola ménos que regular: ¡tanto fascinaba la continúa pompa de que se hallaba rodeado! La adulacion proporcionaba un gran poder á sus ministros, los cuales preparaban frecuentes ocasiones de prodigar incienso á Luis, repitiéndole incesantemente que era el mejor capitán del siglo, el político mas hábil y el crítico mas sagaz. Creyendo él que todos obedecian porque suponía suyas las ideas que otros le habian sugerido, se figuraba que gobernaba sin ministros porque firmaba las órdenes de su propio puño; y estos lo podian todo, con tal que persuadiesen al rey que él lo hacia todo.

¿Qué tiene de extraño, por consiguiente, que no atendiendo Luis XIV mas que á sí mismo, todo lo refiriese únicamente á él? Por esta razon desconfiaba de todos los que eran de un mérito superior, y nivelaba á todos sus súbditos, humillando á la grandeza; no permitia que recibiese nadie la justicia y las distinciones mas que de su mano, usando de mucha gracia para encontrar motivo para una distincion en cualquier bagatela. Mas de quinientas personas asistian para verle afeitarse ó ponerse el calzon; la ciudad entera era admitida á verle comer, y tomaba purgas y vomitivos á presencia de los grandes. Los viajes, fiestas y paseos le presentaban frecuentes ocasiones de distinguir ó mortificar á alguno; además de los honores positivos añadia otros ideales, aguijoneando los celos y las esperanzas con todos sus actos; una vez agotados los títulos y condecoraciones, inventó un justillo de un corte particular, que no podia gastarse sin privilegio especial; el honor de ponerle la camisa, de entregarle el baston, de tenerle el sombrero ó la bujía mientras decia sus oraciones, y la diversa altura é inclinacion que el sombrero debía tener al saludar, eran cosas en él calculadas, y por esto ambicionadas de todos. Y queria que así sucediese; y por esta razon notaba los que asistian ó no á su tocador, á su antecámara y á las fiestas; no pudiendo

prometerse destino alguno aquel que no fuese puntual, y respondía á sus solicitudes: *¡Si apenas le veo!*

Era tambien admirable el modo con que hacia un regalo, decia una gracia, y cuán á tiempo sonreía. Cuando Bossuet empezaba á darse á conocer, Luis hizo que escribiesen al padre de aquel, congratulándose de que poseyese un hijo de tanto talento. Hasta en las reprensiones se valia de cierta gracia; habiendo roto un día Lezun la espada en su presencia, jurando que no volvería á servir á un rey tan injusto, este por toda respuesta arrojó su baston por una ventana exclamando: *No se dirá nunca que he apaleado á un caballero*. Tal era el buen tono que constituía el carácter de la sociedad de aquella época.

« No habia quien igualase á Luis XIV en las fiestas, en las revistas y hasta en sus acciones mas insignificantes; su modo de andar, su porte, su continente, todo era medido, decente, noble y majestuoso, y sin embargo natural; á esto contribuía tanto la costumbre como la conformacion de su persona, que le prestaba gran facilidad. Así era que en los asuntos mas serios, en las audiencias de los embajadores, y en las ceremonias mas solemnes, nadie causaba tanto respeto como él, y era menester estar acostumbrado á su voz para no correr el riesgo de turbarse al hablar con él... Sus respuestas eran concisas, comedidas y llenas de entereza y de dignidad, y rara vez dejaban de ser graciosas y hasta aduladoras cuando lo creía necesario... El respeto que infundia su presencia en cualquier parte que se hallase, imponia silencio, y hasta una especie de pavor (1). » Relativamente á todo esto la señorita de Scuderí decia, que conservaba el aire de señor del mundo hasta jugando al billar.

En palacio los empleados de la casa y las personas que ademas eran convidadas, saboreaban en doce meses una comida tan suntuosa como la que pudieran tener otros reyes. En los pequeños palacios de Marly todas las damas hallaban en sus cuartos un tocador, en que no faltaba nada de cuanto pudiera desearse. En los bailes enriquecia su persona con todo aquello que pudiera contribuir á realzar su belleza y su dignidad; las condecoraciones cubrian completamente sus mangas y pecho, y á veces se presentaba llevando encima de sí mas de ocho ó diez millones en alhajas. La magnificencia y los placeres del espíritu formaban parte de su grandeza; improvisábanse pórticos, teatros y anfiteatros: los torneos de la edad caballeresca se mezclaban con los dramas de la época, las divinidades paganas con las personificaciones. En las fiestas que se celebraron en Versalles en mayo de 1664, fueron mantenidas á expensas del rey seiscientas personas de la corte con todo su acompañamiento y servidumbre. El

(1) *Mém. de SAINT-SIMON*. Ciertamente es la obra mas curiosa de aquella época.